



Estaban a poco de cumplir un año de vida, y su madre ya no les prestaba la misma atención y cuidados que antes. Además la notaban rara desde hacía varios días. Un macho se iba acercando por el río levantando ostensiblemente su hocico puntiagudo. Cira, la mamá nutria, se percató de su presencia y penetró en el río yendo a su encuentro. Los dos cachorros hicieron el ademán de seguirla, pero su madre adoptó una actitud agresiva contra ellos. Parecía querer que se marcharan. Entonces comprendieron el porqué del comportamiento de su madre.

Cira había entrado en celo, y eso suponía que en sus vidas iba a producirse un gran cambio.

Sí. Había llegado el momento de cambiar de aire. O más claramente: de río. Y por si les quedaba alguna duda, el gran macho estaba dispuesto a quitársela, pues dejó un momento el cortejo con Cira y los persiguió durante unos treinta metros. Cuando cesó la persecución, los dos hermanos estaban subidos en lo alto de un promontorio rocoso; se olisquearon y se sacudieron sus pelajes. Al rato, después de observar de lejos cómo su mamá y el acompañante jugaban con un pez, también ellos se pusieron a jugar, pero distanciándose cada vez más del territorio que los había visto nacer.

Así, con variados y divertidos juegos acuáticos, aliviaron la pena de separarse de su querida madre.

Durante unos días, Cimbre y Cimbra vagaron corriente abajo del río Cala, sin poder quedarse en un territorio concreto; pues las zonas de ribera que exploraban estaban ocupadas, bien por otras nutrias, o por otros animales como el tejón,

la garduña, o el meloncillo. Pero, al fin, parecía que habían encontrado un territorio adecuado para quedarse a vivir. Este lugar había sido la guarida de un tejón, el cual hacía varios días que había "hecho las maletas". Sin embargo, al cabo de dos semanas, Cimbra comenzó a tratar a su hermano Cimbre de una manera agresiva. E incluso cuando pescaban juntos, ésta ya no compartía la presa con su hermano; es más, si podía se la arrebatava.

A tal punto llegaron las malas relaciones, que Cimbra ya no dejaba que su hermano entrara en el interior de la guarida, pues la quería para ella sola. Cimbre comprendió que no tenía más remedio que buscarse otra casa, en otro territorio; y esta escabrosa situación le pasaba dos veces en un corto espacio de tiempo. "¡Qué dura es la vida!", pensó.

Al amparo de la hora crepuscular, se puso a buscar otra guarida río abajo no sin cierto miedo, el cual superaba jugando o pescando ranas. En su búsqueda, Cimbre descubrió que el río se dividía en dos vertientes, y abandonando la principal, el río Cala, siguió su singladura aguas abajo, por un

estrecho y desconocido arroyo que descendía en cascadas de más de un metro, por las que se deslizaba jugando, alejándose más y más de los sitios conocidos.

Aquella ribera olía de una manera diferente y le gustaba. Y si no encontraba grandes impedimentos para quedarse, la iba a adoptar como su propio territorio. Tenía que acompañarle la suerte y comprobar que éste no estuviera ocupado. De todas maneras, estaba dispuesto a luchar contra quien fuera para quedarse en aquel bonito lugar.



De repente, un bullicio diferente al que estaba acostumbrado y el sonido insólito de una campana, le hicieron parar su acción exploradora y ponerse alerta. Nuestro aventurero amigo se encontraba en una zona aledaña al pequeño pueblo de El Ronquillo. La llegada a sus límites no lo amilanó ni le quitó las ganas de seguir explorando. Y encontró sitios estupendos para hacerse la guarida que necesitaba, pero no quiso quedarse en ninguno de ellos. Sus ansias por conocer nuevos arroyos se imponía sobre la de encontrar un refugio. Y siguió explorando nuevos territorios, marcándolos con sus excrementos y orina; hasta que el cansancio le pidió echar un sueñecito, y entonces se cobijó en el follaje de unas grandes adelfas.

A la mañana siguiente, el canto de una Oropéndola que le miraba inquieta, lo despertó muy temprano y con mucho apetito. Un gordo y apetitoso cangrejo, una boga y un barbo fueron su desayuno. Después, impaciente por descubrir nuevos arroyos se puso en camino, y al rato, otra vez tuvo la duda de cuál era la corriente que tenía que elegir, pues se encontró con una nueva bifurcación aún más estrecha que la anterior, y casi cubierta de maleza.

Decidió recorrer ésta y dio con el río Rivera de Huelva, dejándose llevar por sus aguas hasta la cola del Embalse de La Minilla.

Cuando nuestra nutria macho contempló su incandescente inmensidad de color naranja, (pues atardecía y la luz del sol se reflejaba en las aguas) se quedó maravillado; y una idea le sobrevino con extraordinaria nitidez. Pensó que más allá de la inmensidad de las aguas del embalse, tenían que haber otros frondosos bosques de ribera, bonitos arroyos con abundante pesca y confortables guaridas... Y también jóvenes nutrias hembras de las que poder enamorarse.

"Seguro que más allá, existen esos arroyos", evocó. Pero sabía que su aventura había terminado. Ahora su instinto le decía que había llegado el momento de establecerse en un arroyo y territorio de los que ya conocía.

Sin embargo, a pesar de que tenía que volver sobre sus pasos, Cimbre no abandonó su espíritu explorador, y de regreso se encaminó por la senda de un cauce seco, hasta dar con el pantano de Zufre.

Desde su orilla contempló este bonito pueblo, pero no se conformó con la vista panorámica que le ofrecía, sino que en un alarde de osadía entró al atardecer en él, llevándose una grata sorpresa. Siguiendo el sonido que producía un chorro de agua, se topó con una fuente abrevadero que tenía algunas carpas, y no perdió la oportunidad para darse un auténtico festín. Cuando Cimbre estaba prácticamente satisfecho, la descubrió Eufrasio (Eu para sus amigos y la familia).

-¡Abuelo, ven! ¡Corre!-Gritó Eu desde la misma puerta de la casa.



El abuelo fue todo lo rápido que pudo. Creyó que a su nieto le había pasado algo. Cuando vio de qué se trataba, a Cimbre sólo le quedaba por comerse la cola de una carpa.

-¡Qué animal más valiente!- Exclamó sorprendido.

Abuelo ¿qué bicho es ése?- Preguntó admirado Eu.

-Es una nutria- respondió.

-¿Y es peligrosa?

-No. Pero no te acerques por si acaso-le dijo en un tono protector.

Los gritos y comentarios llegaron a otros vecinos de la plaza, formándose un gran revuelo. Entonces Cimbre, asustado, se fue del pueblo pitando.

Desde aquel momento, Eu se quedó tan encantado con aquel animal del hocico puntiagudo que pensó que podría tener una nutria como mascota.

"Son más bonitas que los perros", se dijo.

Y al día siguiente se lo pidió a su abuelo con todo desparpajo, como si quisiera que le regalase una bicicleta. Éste le dijo que eso era imposible, y le explicó los motivos. El principal argumento que le dio fue que las nutrias son animales salvajes, que necesitan, para ser felices, vivir en los ríos y arroyos.

Mientras tanto, Cimbre llegó a la zona conocida como el Barranco del Beso. Allí, entre las raíces de una higuera gigante que volcaba su copa hacia el río Beso, construyó su casa-guarida. Aquel era un hermoso lugar para vivir. Además por este arroyo merodeaban un par de nutrias hembras con las que algún día no muy lejano, podría llegar a tener familia.

10 Durante toda la semana, Eu pensó en la fantástica nutria que había visitado el pueblo y se había comido las carpas del abrevadero. Al llegar el sábado, hizo una excursión en solitario a uno de los arroyos en el que, según su abuelo, vivían las nutrias. Un sonido parecido a ladridos de perros llamó la atención de Eu, que como un explorador indio buscó su procedencia. La casualidad quiso que ese mismo día, también Cimbre conociera a

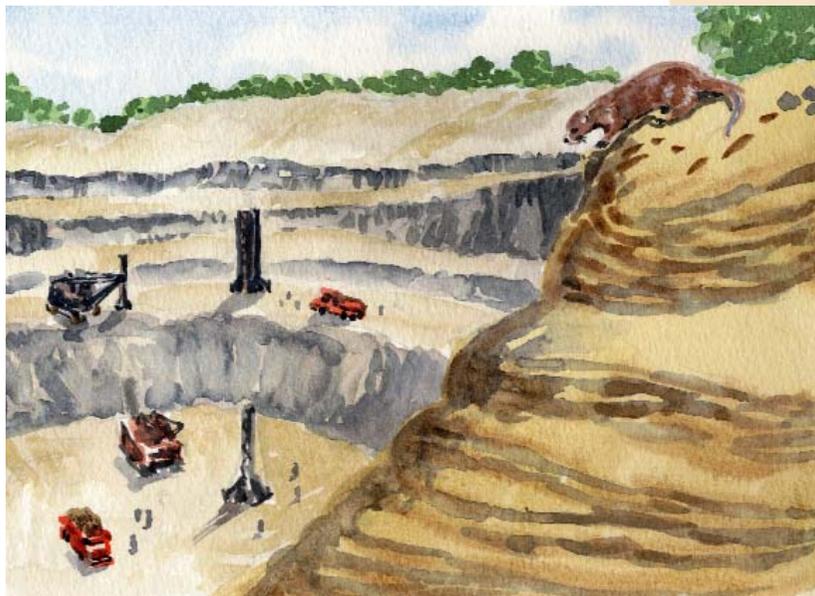


una de las nutrias; y que de ese fascinante encuentro, Eu fuera testigo privilegiado. Aquel fue un rato inolvidable para el chaval de Zufre, pues se lo pasó bomba viendo cómo se divertían los mustélidos dando saltos y zambullidas en el agua, y cómo se olisqueaban amorosamente.

Entonces se prometió que volvería al lugar para verlas de nuevo; aunque no siempre que iba conseguía su propósito. Pero a Eu no le importaba, pues mientras se presentaba la oportunidad de ver a las nutrias, miraba la Naturaleza de una

manera distinta a como lo había hecho antes, pareciéndole ahora más maravillosa.

Pero toda esa hermosa realidad que vivenciaba Eu, y la felicidad de Cimbre, estaban a poco de irse al traste; pues los dos ignoraban el nefasto proyecto que se estaba fraguando en la comarca. Un proyecto ideado por una empresa minera extranjera, la cual tenía previsto extraer cobre haciendo un enorme y profundo agujero en un campo, no lejos del pueblo. (A este tipo de mina se le llama de "cielo abierto", y son las minas que más contaminan y destruyen el Medioambiente.)



Todo comenzó una mañana pavorosa para todos los bichos vivientes. La primera de las explosiones fue enorme, e hizo temblar la tierra en varios kilómetros a la redonda. Después de la gran explosión, los estallidos se produjeron casi de continuo. Las aturdidas especies que habitaban la zona no sabían qué estaba pasando. Aquel día Cimbre apenas durmió, ni tuvo ganas de pescar o jugar en el río. El suceso había roto la armonía natural de aquellos parajes, transformando el cielo azul en una gigantesca burbuja opaca de color amarillento. La situación empeoró en los días venideros; pues la bola de polvo iba en aumento, creando una sensación de ahogo difícil de soportar.

Al atardecer del quinto día, Cimbre, en un alarde de valentía quiso conocer el origen de tan ingrata situación, y se dirigió río arriba y desde lo alto de una de las escombreras de la mina, miró estupefacto la gran hondonada circular, parecida al cráter de un volcán apagado, que habían producido las explosiones.

A su memoria llegó la imagen del lugar, recordándolo como un sitio hermoso en el que había una abundante arboleda de fresnos, adelfas, chapa-

rros, y zarzamoras. ¿Qué estaba ocurriendo allí para tamaño destrozo? ¿Quién o qué había provocado aquella hondonada mayor que una plaza de toros, y que parecía conectar directamente con las puertas del infierno? No comprendía nada de lo que veía. Ni siquiera cuando levantaba ostensiblemente su puntiagudo hocico aclaraba sus ideas.

La escena se completaba con la presencia de unas extrañas máquinas, estructuras de hierro como torres, y cajas apiladas de madera de casi un metro de largo. Sin saber exactamente por qué, aquel panorama le producía una enorme angustia.

Una semana más tarde, su angustia fue mayor cuando descubrió que las aguas del río Beso estaban volviéndose cada vez más oscuras y fangosas, y con un olor rarísimo y desagradable.

Su instinto le hizo suponer que el cambio en las aguas tenía que ver con las explosiones en el cráter arenoso y polvoriento que habían abierto, y que cada día era más grande. Sin demorarse quiso comprobarlo y se puso a investigar.



Estaba en lo cierto. Desde la mina hasta el arroyo habían colocado una tubería de cincuenta centímetros de diámetro, que expulsaba unas aguas cochambrosas y oscuras.

Entristecido, Cimbre pensó en buscar aguas más limpias y se fue más al norte, a un regajo de corrientes suaves, que ya conocía de merodeos anteriores. Sin embargo se llevó una sorpresa mayúscula. El arroyo ya no existía; había desaparecido de la noche a la mañana, y eso que era la estación de lluvias abundantes.

¿Cómo podía haber ocurrido aquello? La respuesta la conoció al poco tiempo. Los de la mina habían mandado hacer un muro que desviaba el cauce del arroyuelo, utilizando su agua para "lavar" los minerales extraídos, que una vez usada para este menester, quedaba contaminada, vertiéndose después directamente al arroyo del Barranco del Beso.

Ahora sí que el bueno de Cimb্রে se encontraba ciertamente desolado. Su alegría de nutria juguetona se transformó en un profundo abatimiento.

"¿Hacia qué lugar tengo que irme ahora?" se preguntó. "No. No me voy, ni puedo rendirme tan pronto", se dijo. Tenía que luchar por los ríos y arroyos que le daban el alimento y le hacían disfrutar de la vida.

Pero no sólo Cimb্রে y sus congéneres eran las únicas criaturas del río que lo estaban pasando mal por culpa de la explotación minera. También la contaminación afectaba a los habitantes de los pueblos de la comarca; a sus bosques y dehesas, y a todas las especies que vivían en ellos. Las personas comenzaban a tener problemas respiratorios, e igualmente los cultivos y el ganado tam-

bién sufrían las consecuencias de la explotación minera. Así que, después de unos meses de funcionamiento de la mina, el malestar entre la gente se hacía más evidente, y el sentimiento de frustración se palpaba en la convivencia.

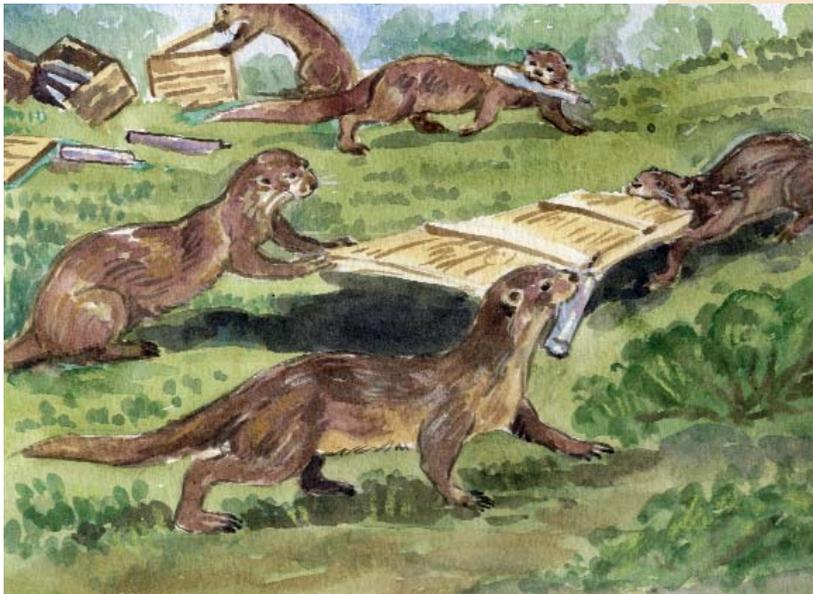
"Otra vez nos han vuelto a engañar" Clamaban los paisanos.

Pero un día sucedió un hecho "fortuito" que lo iba a cambiar todo. Los operarios que trabajaban en la mina descubrieron que de las cajas en donde se guardaban los explosivos, faltaban cartuchos de dinamita. Pensaron que probablemente habían hecho un mal cálculo al utilizarlos. Cartucho más o cartucho menos, qué importaba. Pero la desaparición de este material continuó. Un día notaron que las cañerías que derramaban las aguas cochambrosas y contaminadas al Barranco del Beso estaban atascadas y contemplaron sorprendidos que los atascos eran producidos por las tapas de las cajas de madera que guardaba la dinamita, y por los cartuchos que estaban faltando. La producción se tuvo que parar para quitar los atascos.

Entonces llegaron a la conclusión de que alguien

estaba impidiendo que la mina funcionara con normalidad, y comenzaron las discusiones sobre quién o quiénes podrían ser los culpables. Las primeras pesquisas fueron dirigidas hacía el abuelo de Eu. "Ese lugareño brutote y protestón", -como lo calificaban los directivos de la mina- que estaba siempre incordiando sobre el daño que la mina estaba haciendo a su huerta y a sus animales, y que no quiso nunca la mina ni en fotografía.

Para los que lo conocían bien, era impensable que esa acción la hubiera acometido el viejo. Entonces... ¿Quién había provocado semejante



lío? ¿Quizá algún trabajador de la propia mina, consciente de los efectos nocivos que ésta estaba produciendo? ¿O un cabrero cabreado?

*El causante no fue ninguno de ellos. ¿Sabes quién fue? Sí; has acertado. Lo hizo nuestro intrépido Cimbre.*

Eligió las cajas de los cartuchos de dinamita, no porque entendiera que era el mejor material para taponar los sucios tubos, que tanta suciedad estaban echando en su arroyo, sino porque las explosiones lo estaba volviendo loco. La tarea la comenzó solo, pero luego fue ayudado por todas las nutrias.

Sólo hubo una persona que sabía lo que estaba ocurriendo; y ese era nuestro amigo Eu, quien en su empeño por ver cada vez más de cerca a las nutrias, fue cogido "in fraganti" a escasos metros de una de las tuberías atascadas, y supusieron que él era el responsable.

Salvo Eu, a las nutrias no las vio nadie, pero a él sí; aunque lo soltaron después de las pertinentes diligencias.

La noticia de que había sido el chaval el ejecutor de tan elaborado sabotaje, corrió como la pólvora, y el apoyo hacia Eu por parte de las poblaciones limítrofes a la mina, fue total.

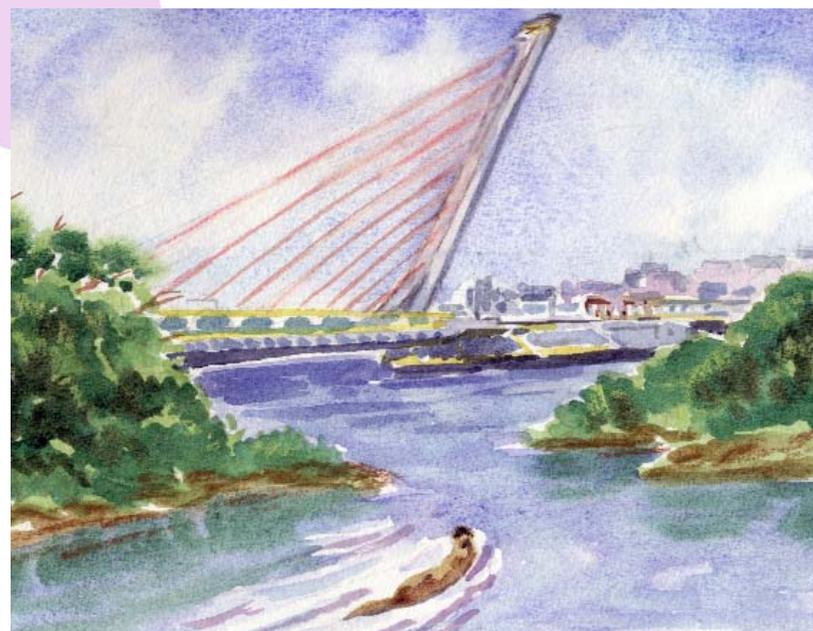
Así que, sin pretenderlo, las anónimas nutrias encabezadas por Cumbre el Intrépido, y ayudadas por un chaval de Zufre, provocaron una movilización general de los pueblos de los alrededores de la mina; a la que se le unió mucha gente de Sevilla capital, que temía que el agua de los embalses y pantanos de los que se abastecía la ciudad, pudiera un día contaminarse por los efectos nocivos que la mina producía.

Las movilizaciones de la gente contra la explotación minera tuvieron su efecto, pues unos meses después se cerró.

Durante las movilizaciones contra la mina, Cumbre siempre estuvo a la expectativa de lo que estaba ocurriendo, y valoró muy positivamente a todas las personas que habían participado en pro de su cierre.

"También la especie humana es capaz de hacer cosas buenas", pensó.

Entonces desde ese momento, quiso saber más sobre los hombres, y se dedicó a observarlos introduciéndose de vez en cuando en los núcleos urbanos de los pueblos de la comarca. Su aventurera curiosidad no se conformó con conocer a las gentes de esos pueblos cercanos, sino que decidió ir más lejos. Quiso conocer a la gente de una gran ciudad, y se aventuró con su demostrada intrepidez por el río Guadalquivir, llegando en su atrevida incursión hasta el entorno del Puente del Alamillo, al que vio como un gigantesco monstruo que daba berridos al viento.



La verdad era que no entendía nada de lo que veía. Pensaba que la "especie urbana" hacía muchas cosas raras. Porque si no... ¿Qué sentido tenía, el hacer una ribera con bloques de cemento? ¿Dónde estaban los árboles, que siempre están en estos sitios? Cimbre no halló respuesta. De todas maneras, por lo que le habían demostrado a él en la lucha contra la mina para salvar los ríos y arroyos, siguió pensando que la especie humana era buena e inteligente. Al menos Eu lo era.

---

FIN